

El conde de la Vega del Sella

(HOMENAJE PÓSTUMO)

por

Eduardo Hernández-Pacheco.

Al comenzar el segundo decenio del siglo actual existían en España dos problemas de índole geológica y paleontológica del más grande interés. Uno era el pertinente al conocimiento de la fauna hispana de mamíferos fósiles durante la era neozoica y, más concretamente, durante la segunda mitad del Terciario o Neógeno, cuyos terrenos, de facies continental, ocupan amplias extensiones en el ámbito peninsular.

De los grupos y especies de animales que vivían en aquellas remotas épocas en nuestro país no se tenían sino noticias escasas y datos sueltos. Algunos de los yacimientos, al presente bien estudiados, fueron conocidos en época antigua, tal como el de Concud (Teruel), señalado en su *Teatro crítico*, a mediados del siglo XVIII, por el ilustre polígrafo Feijóo.

Desconocidas eran también las características fisiográficas y climatológicas que tenían el solar hispano en aquellos tiempos geológicos; siendo lugar común el admitir que las amplias llanuras castellanas y la aragonesa estuvieron ocupadas por sendos y extensos lagos de agua dulce que las llenaban por completo.

El otro problema científico pertinente a la naturaleza hispana era aún más atrayente y sugestivo que el expuesto, pues se refería a la vida primitiva de la humanidad en los tiempos del Pleistoceno o Cuaternario. Problema complejo, que abarcaba no tan sólo el estudio geológico y paleontológico de aquella tan singular época terrestre, con sus alternativos períodos de climas glaciares y cálidos interglaciares, sino el de la humanidad primitiva, con sus tipos de cultura, género de vida, desarrollo industrial, expansiones, emigraciones, sucesiones y distribución de los pueblos prehistóricos por el ámbito peninsular, tanto en el tiempo como en el espacio. Conjuntamente con las variaciones fisiográficas y climatológicas correspondía conocer las faunas pertenecientes a cada época y lugar.

Y a más de este complejo y sugestivo conjunto de investigaciones científicas respecto a los remotísimos antecesores de los pueblos hispanos,

se presentaba, por demás atrayente, el estudio de los orígenes del arte en sus notables manifestaciones, la pintura y el grabado, que tenían como



† El conde de la Vega del Sella.

lienzo pictórico el rocoso de las cavernas y de los peñones: el arte rupestre de la compleja, variada y montañosa Hispania.

Eran, pues, dos problemas genuinamente españoles los que se presentaban en el panorama científico al comienzo del segundo decenio del siglo actual; problemas ambos de viejo abolengo de investigación his-

pana, pues del mismo modo que en el problema paleontológico de los mamíferos, el yacimiento de Concud fué objeto del estudio de Feijóo en el siglo XVIII, en el mismo siglo, el *megaterio* que se montó en el primitivo Museo de Historia Natural de Madrid fué el primer gran mamífero fósil americano que se trajo a Europa con fin de estudio.

El otro gran problema de la naturaleza hispana, el de la humanidad prehistórica, y de las características geológicas y paleontológicas de los tiempos pleistocenos, tenía también raigambre de investigación científica hispana, pues fueron españoles quienes comenzaron a desbrozar y a roturar el campo antes que otros cultivaran y recolectaran.

Tal sucedió respecto a los orígenes prehistóricos del arte cuando, en 1783, López de Cárdenas, cura de Montoro, describió, reprodujo y publicó las pinturas rupestres de Fuencaiente, y remitió al Museo de Historia Natural de Madrid, por petición del conde de Floridablanca, un gran fragmento rocoso con figuras pictográficas del citado singular yacimiento pictórico, atribuido con gran acierto a las primeras gentes de la Hispania. Un siglo después, el profesor granadino Góngora y Martínez, en su clásica publicación de 1868, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, amplió, con el estudio de otras muchas localidades, tal género de investigaciones. Casiano de Prado, por la misma época, daba a conocer al mundo sabio el, desde entonces, clásico yacimiento paleolítico de San Isidro en Madrid, cuando esto de la humanidad prehistórica se comenzaba a estudiar con creciente intensidad en los medios científicos europeos.

Y a llamaradas, que no se sucedían en continuado fuego —pues la falta de persistencia y continuidad en la labor parece ha sido defecto de la investigación científica en España—, se produjeron los descubrimientos, tal como el del arte pictórico prehistórico por Marcelino de Sautuola, cuando en 1875 se maravilló ante el techo pintado de la caverna de Altamira, inmediata al bello y noble conjunto de rancios y evocadores edificios que constituyen la histórica ciudad de Santillana del Mar.

Bien sabido es cómo Sautuola presentó el nuevo descubrimiento a los prehistoriadores europeos cuando acudió a París con motivo de la Exposición universal de 1878, y cómo se negó y siguió negándose casi unánimemente la edad paleolítica de las pinturas de la caverna de Altamira; cómo fueron sus defensores en España, según consta en las actas de 1882 de nuestra SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL, Vilanova, Jiménez de la Espada y González de Linares, y cómo, avanzando el tiempo, el silencio se hizo respecto al descubrimiento; hasta que el hallazgo de

pinturas rupestres en las cavernas francesas hizo que noblemente el honorable Cartailhac publicase en 1902, en *L'Anthropologie*, su artículo «*Mea culpa* de un sceptique».

Lo relatado es bien conocido; pero también el centinela repite su ¡alerta! para que la guardia no se adormezca y vigile atenta, y con análoga finalidad recordamos tales hechos: para que el productor de ciencia hispana se avive y no se pare, y los dirigentes y gobernantes que manden en la guardia puedan proveer y favorecer al desarrollo científico y cultural del país, y cuando contesten ¡alerta estamos!, que sea un hecho y no una promesa ni un propósito que un soplo de viento se llevaba fugaz. Para que todos nos curemos de la falta de continuidad en la labor, y que la investigación científica hispana no brille sólo en llamaradas que se extinguían, sino con fuego continuado que produzca luz viva y persistente.

En dicha época del comienzo del segundo decenio del siglo actual, el autor de la presente nota biográfica, tan pronto obtuvo la cátedra de Geología de la Universidad de Madrid, fué uno de los que acometieron con entusiasmo y curiosidad el estudio de los problemas a que nos hemos referido. Gran parte del verano de 1911 le pasamos en Ribadesella, explorando su comarca, abundante en cavernas, y varias con yacimientos prehistóricos del Paleolítico superior.

Allí conocimos al conde de la Vega del Sella, en el que despertaron gran curiosidad nuestros estudios; se interesó en nuestra labor, trabajó con nosotros, y desde entonces fuimos grandes amigos y colaboramos en el mismo problema científico.

El Conde habitaba con su familia en la cercana localidad de Nueva, en una posesión campestre que había transformado en hermoso parque, y el antiguo caserío en mansión amplia y confortable. Tenía el Conde espíritu, aficiones y aptitudes grandes de naturalista. Poseía conocimientos más que generales de climatología y de botánica, y cuando le conocimos se ocupaba en el estudio de las algas de agua dulce, con su microscopio y sus preparaciones micrográficas. Era gran cazador y excursionista montañero, y le interesaba todo lo pertinente a la Naturaleza, en la que se deleitaba gozando con la observación y estudio de sus variados espectáculos y manifestaciones. Era de genio abierto y alegre, afable y cortés, obsequioso y atento con todos, sin desdeñar el trato con los humildes, y respetuoso con los viejos y dondequiera que veía el mérito.

Rápidamente se impuso en la especialidad pertinente a la arqueología, paleontología y geología de los tiempos pleistocenos, y comenzó a explorar las cavernas y yacimientos paleolíticos de la zona litoral asturiana;

país abundante en esta clase de manifestaciones de la humanidad primitiva. Juntos recorrimos aquellos parajes, entregándonos de lleno a investigaciones de este tipo, productoras del gran placer espiritual que suministra el estudio de la Naturaleza.

No era un simple diletantismo el del conde de la Vega del Sella por la paleontología humana y la prehistoria, sino impulso de vocación científica, que hizo de él una de las figuras prestigiosas en las citadas especulaciones; vocación que le llevó a realizar un viaje con la única finalidad de estudiar los abundantes ejemplares y colecciones del Paleolítico reunidos en los museos franceses procedentes de excavaciones; especialmente de las cavernas de Grimaldi en Mónaco y las reunidas en Toulouse de diversos yacimientos. En esta ciudad, en compañía del ilustre y venerable Cartailhac, que los había coleccionado y sistemáticamente ordenado, y con la del conde Begouen, su discípulo y sucesor, permaneció larga temporada, hasta que, suficientemente documentado, regresó a España a continuar las exploraciones y excavaciones de los yacimientos asturianos.

En la misma localidad donde residía gran parte del año, en Nueva, excavó en 1913 la cueva del Penical, que fué objeto de su primera monografía¹, y en la que descubrió el interesante utillaje lascado en cuarcita que más adelante había de ser la base para el establecimiento del período y grupo arqueológico que con la denominación que le dió, de *Asturicense*, figura en la ciencia de la Prehistoria.

A la sagaz intuición del conde de la Vega del Sella se debe, en parte, uno de los descubrimientos más importantes de la prehistoria española: la del singular monumento natural de Peña Tu. En nuestras correrías por el litoral asturiano nos había llamado la atención un gran peñón que destacaba aislado en el extremo occidental de la Sierra Plana de la Barbolla, próximo a la aldea de Puertas y a la estación ferroviaria de Vidiago. En agosto de 1913 regresábamos de una excursión a la caverna pictórica de Pindal, en el imponente acantilado cántabro-asturiano, cuando decidimos reconocer el peñón, que por su ubicación singular se divisaba desde distanciados parajes, y tuvimos la fortuna de hallar en él la clave de la edad de las pictografías, de tipo jeroglífico, tan repartidas por el ámbito peninsular, que se venían atribuyendo al período Paleolítico, y que, desde entonces, se sabe corresponden al Neolítico, por la asociación de las estilizaciones humanas con el ídolo de los dólmenes y la

¹ Vega del Sella (Conde de la): *La Cueva del Penical (Asturias)*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Mem. núm. 4. Madrid, 1914.

figuración del puñal de cobre eneolítico. La monografía¹ publicada en enero del año siguiente da cuenta del descubrimiento.

A partir de fines de 1914, el Conde comenzó sus importantes excavaciones en las cavernas cántabro-asturianas, entre las que destacan como más importantes las dos siguientes:

La cueva de *Cueto de la Mina*², al N. de la villa de Posadas (concejo de Llanes), cueva poco profunda, llena casi por completo con los restos de alimentación de procedencia marina y terrestre y de utensilios dejados por los hombres primitivos que allí habitaron durante todo el transcurso del Paleolítico superior, desde el Auriñaciense, durante el Solutrense y Magdaleniense, hasta el Aziliense inclusive, y un nivel de superficie correspondiente al piso postpaleolítico del asturiense. En abrigo y cova-chas cercanas, este último nivel, ya de época del clima de tipo actual, estaba bien representado por enormes amontonamientos de cáscaras de moluscos comestibles y utensilios típicos. Son tales cuevas las de *Arnero*, *Fonfría*, *Mazaculos* y *Balmori*, excavadas todas por el Conde.

*Cueva Morín*³ es el nombre de la otra caverna excavada por el ilustre prehistoriador, y de tan gran importancia por el resultado de las investigaciones en ella realizadas. Esta caverna está situada cerca de Santander, en la prolongación, y no lejos, del fondo de saco de la amplia bahía santanderina, en el valle de Villaescusa y próxima al pueblo de Villanueva. Constituye la cueva un espacioso y poco profundo túnel, el cual, cuando el Conde comenzó la excavación, estaba relleno de restos paleolíticos hasta cerca del techo. Los niveles paleontológicos y arqueológicos contenidos, de abajo arriba, comprenden: Musteriense, Auriñaciense antiguo, medio y final; lentejones solutrenses y magdalenienses y Aziliense.

Otras varias cavernas cántabro-asturianas, unas inéditas y otras que habían sido objeto de reconocimientos y excavaciones por otros investigadores, fueron exploradas y excavadas por el Conde, no sólo en el litoral cantábrico, sino que llevó sus exploraciones y estudios a los yacimientos del SE. y S. peninsular, tales como a la importante caverna del

¹ Hernández-Pacheco (E.), Cabré (J.) y Vega del Sella (Conde de la): *Las pinturas prehistóricas de Peña Tu*. Com. Inv. Paleont. y Prehist., Mem. núm. 2. Madrid, 1914.

² Vega del Sella (Conde de la): *El paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)*. Com. Inv. Paleont. y Prehist., Mem. núm. 12. Madrid, 1916.

³ Vega del Sella (Conde de la): *El paleolítico de Cueva Morín (Santander)*. Com. Inv. Paleont. y Prehist., Mem. núm. 29. Madrid, 1921.

Hoyo de la Mina, cerca de Málaga, excavada y dada a conocer por el malagueño Such.

Tal intensidad en la labor y perseverancia en el estudio hizo del conde de la Vega del Sella el más conspicuo conocedor, en España, de la arqueología del Paleolítico, y una de las eminencias mundiales en dicha especialidad.

También prestó atención a la investigación del arte rupestre, especialmente al troglodita de tipo cantábrico, reconociendo y estudiando las cavernas ornadas con grabados y pinturas prehistóricas, y organizando, mediante las actividades del prospector Cardin (al servicio del Conde para tales menesteres), la exploración de las muchas cavernas, simas, antros y concavidades rocosas del país asturiano.

A este reconocimiento se debió el hallazgo de la notable caverna, con abundantes e importantes grabados y pinturas rupestres, denominada del Buxu¹, no lejos de Cangas de Onís (Asturias). La descripción y estudio de la caverna, con la copia de las pictografías, hecha por el dibujante F. Benítez, de competencia extraordinaria en tal especialidad, constituyen otra de las monografías, publicada, como casi la totalidad de la labor científica del conde de la Vega del Sella, por la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Comisión de la que formó parte el ilustre prehistoriador.

Su gran competencia en la Prehistoria se manifiesta tanto en las importantes monografías referidas como en los pequeños trabajos y notas. Entre estas últimas se cuenta la titulada "El diagnóstico de las pinturas rupestres", insertada en el tomo XV de *Memorias de la Sociedad Española de Historia Natural*, tomo publicado en homenaje al profesor Bolívar en 1929. Dicho trabajo comprueba, por consideraciones pertinentes de arte rupestre y mobiliario, cómo la cultura magdalenense lentamente se sucede, degenera y cae en la tosquedad del Aziliense, última etapa del paleolítico cantábrico; fenómeno concomitante con la atenuación y cambio de clima glaciario y consecuencia del nuevo ambiente vital que comienza.

La prehistoria del Paleolítico fué la gran especialidad del conde de la Vega del Sella, si bien era competente en la arqueología en general y especialmente en las prehistóricas, como lo demuestra la monografía respecto al dolmen sobre el que está edificada la pequeña capilla de

¹ Vega del Sella (Conde de la) y Obermaier (H.): *La cueva del Buxu (Asturias)*. Com. Inv. Paleont. y Prehist., Mem. núm. 20. Madrid, 1918.

Santa Cruz¹, en las inmediaciones de Cangos de Onís. Como dice el autor en el comienzo de su trabajo: "el monumento forma un conjunto en el que íntimamente se enlazan elementos de un período histórico del más alto interés para la patria española y otros de época prehistórica".

Se da el caso singular de que era propiedad del Conde, y ahora de sus herederos, el montículo artificial que envuelve al dolmen con la capilla, en donde está la histórica lápida que dice cómo el rey Favila edificó aquélla. La completa monografía, de carácter histórico, arqueológico y prehistórico, se detiene principalmente en el dolmen y en la decoración pictórica de la piedra de cabecera de éste; conteniendo también un interesante estudio de arqueología dolménica.

Descubrimiento importante y de trascendencia es el pertinente a la industria lítica, constituida fundamentalmente por picos tallados a golpes en oblongos cantos rodados de cuarcita, que se encuentran con relativa abundancia entre las enormes masas de cáscaras de moluscos (*Trochus lineatus* y *Patella*) encima de los yacimientos paleolíticos, y especialmente a la entrada de las cavernas prehistóricas del litoral asturiano.

Tales concheros y picos pétreos, indudablemente de época postglaciar, juntamente con los otros restos contemporáneos, arqueológicos y paleontológicos, analizados y estudiados por el Conde, originaron el establecimiento de la época e industria paleolítica denominada *Asturienense* y la publicación de la monografía titulada *El Asturiense*², en la que se describe lo pertinente a tal cultura prehistórica.

Entre las colecciones de Prehistoria que el Conde reunió en el Museo Nacional, hay una vitrina que ordenó con gran amor y cuidado. No eran materiales recolectados por él, sino por su hijo Ricardo —dechado de patriotismo y valentía—, reunidos excavando los paraderos neolíticos de Villa Cisneros cuando estuvo deportado allí por cuestiones políticas en 1932.

Pero, aun siendo muy notable la labor científica del conde de la Vega del Sella en lo relativo a arqueología paleolítica, se acrecienta la importancia por los estudios que se le añaden pertinentes a investigaciones respecto a paleogeografía y paleoclimatología.

En estos respectos, dos son sus principales trabajos: uno relativo a climatología de la Península Hispánica durante el Paleolítico superior; el

¹ Vega del Sella (Conde de la): *El dolmen de la capilla de Santa Cruz (Asturias)*. Com. Inv. Paleont. y Prehist., Mem. núm. 22. Madrid, 1919.

² Vega del Sella (Conde de la): *El Asturiense: Nueva industria preneolítica*. Com. Inv. Paleont. y Prehist., Mem. núm. 32. Madrid, 1923.

otro, de carácter general, se refiere a la teoría acerca del glaciario cuaternario.

El primero de tales trabajos, englobado bajo una misma cubierta juntamente con la monografía pertinente al paleolítico de Cueva Morín, constituye en realidad estudio independiente, que lleva la denominación de *Notas para la climatología cuaternaria del Cantábrico*¹.

Es un estudio completo y preciso respecto a los diversos aspectos de la climatología que existía en nuestra Península, y en especial en la zona cantábrica durante los tiempos del Paleolítico superior, durante la larga época de la última glaciación cuaternaria. Todos los factores climatológicos están analizados y estudiados mediante ingeniosas deducciones y observaciones: la temperatura, la pluviosidad, los niveles que alcanzaban las nieves perpetuas y las lenguas glaciares en la cordillera cantábrica y en los macizos montañosos hispanos.

Mediante observaciones de las faunas de mamíferos, y en especial de las de moluscos litorales que entonces vivían en España, y cuyos restos fósiles se encuentran entre los de los hogares de los primitivos habitantes de las cavernas, el conde de la Vega del Sella demuestra que la temperatura media de la costa asturiense, durante el período álgido glaciario, en la época del Solutrense y comienzos del Magdalenense, era de 6° menos que en la actualidad y equivalente a la que ahora existe en Bergen, o sea en el SW. de Noruega. Análogamente, la costa meridional de Portugal sería entonces equivalente en sus características climatológicas a la actual del Canal de la Mancha, asignando al Estrecho de Gibraltar, durante dicha época geológica, una temperatura media anual de 12° en vez de la isotérmica media de 20° que actualmente posee, juntamente con una mayor pluviosidad que ahora, por efecto del traslado hacia el S. de la zona anticiclónica que hoy se forma en Asia.

El otro estudio paleoclimatológico, como se ha dicho, es de carácter general a todo el globo, y se refiere al conjunto de los singulares fenómenos de alternación de períodos de clima glaciario y de cálidos interglaciares que caracterizan al Pleistoceno; estudio que constituye una de las más notables memorias del ilustre investigador.

En el estudio del singular período de la historia geológica, correspondiente al Cuaternario o Pleistoceno, se da el caso, tan frecuente en las investigaciones de orden científico, que si los fenómenos y hechos son bien conocidos e interpretados, cuando se trata de dilucidar la causa

¹ Vega del Sella (Conde de la): *Notas para la climatología cuaternaria del Cantábrico*. Com. Inv. Paleont. y Prehist., Mem. núm. 29. Madrid, 1921.

fundamental de ellos, la inteligencia humana se debate para aclararlos, entre titubeos y oscuridades, acudiendo para su resolución a las teorías y a las hipótesis.

Numerosas y de diversa índole, respecto a sus fundamentos, son las teorías científicas expuestas para explicar el singular y notable fenómeno de la alternancia, en el tiempo, de climas glaciares e interglaciares; pero ninguna satisface por completo hasta el extremo de reconocerla como indudable. El conde de la Vega del Sella acometió tal estudio, y, con gran caudal de datos de todo orden y con examen sagaz de los fenómenos, expuso su *Teoría del glaciario cuaternario por desplazamientos polares*¹.

No se trata ahora de exponer y examinar esta teoría, que, en nuestro modo de ver, resuelve y explica el conjunto de fenómenos climatológicos y sus derivados de orden paleontológico y humano correspondientes a tal período geológico. Tiene concomitancia y fundamentos comunes con la desarrollada por Kreichgauer (*Die Aquatorfrage in der Geologie-Steyl*, 1902), pertinente a variaciones en la situación geográfica del ecuador terrestre y, por lo tanto, de los polos en el largo transcurso de la historia geológica; pero la teoría del investigador español, más concreta, examina los hechos acaecidos durante la duración del Pleistoceno, los explica y aclara satisfactoriamente.

Actualmente tal teoría está siendo objeto de examen y discusión en el seno de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, por iniciativa del autor de la presente nota biográfica; y del estudio realizado, en las varias sesiones en que se ha tratado del asunto, puede deducirse que no hay objeción de carácter fundamental que se oponga a la posibilidad de la exactitud de la explicación del glaciario cuaternario emitida por el conde de la Vega del Sella.

La expuesta es la principal labor del español eximio de quien nos ocupamos. Hay repartidas por publicaciones científicas españolas y alguna extranjera otras notas y trabajos suyos; pero su fundamental labor está en las publicaciones de la citada Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, de la que fué uno de sus miembros más distinguidos y destacados. En el período de 1912 a 1936 que funcionó tal corporación de investigación científica, está contenida la fundamental labor pertinente a aquellos problemas de que se hace mención al comienzo de este trabajo, tanto el paleontológico como el prehistórico.

¹ Vega del Sella (Conde de la): *Teoría del glaciario cuaternario por desplazamientos polares*. Com. Inv. Paleont. y Prehist., Mem. núm. 25. Madrid, 1927.

El conjunto de esta serie de trabajos y publicaciones, que comprende un cuarto de siglo, quedará como piedra miliaria en la vida de la cultura hispana, y su consulta será necesaria a los investigadores futuros.

Gracias a tal esfuerzo, en el que se destaca la personalidad del conde de la Vega del Sella, España ha dejado de ser tierra incógnita respecto a tan fundamentales conocimientos, y país de colonización científica en tales disciplinas, pues nueva generación de investigadores hispanos continúa animosa y floreciente laborando y cosechando frutos científicos.

Don Ricardo Duque de Estrada y Martínez de Morantín, conde de la Vega del Sella, nació en Pamplona en el año 1870. Hizo gran parte de los estudios de Bachillerato en Bayona (Francia). Desde su juventud residió principalmente en Asturias. Hizo allí los estudios preparatorios para cursar la carrera militar, la cual no continuó, y después se licenció en Derecho en la Universidad de Oviedo. Tal formación docente: en su adolescencia en un liceo francés, y en su juventud con preparación, primero, en disciplinas de carácter científico y, después, literario, le hicieron poseedor de una cultura general bastante completa.

El Conde era asturiano de sentimientos, corazón y hábitos. Asturias puede considerarse como su verdadera patria dentro de la de orden superior de España. En una de nuestras correrías visitamos una tarde el viejo castillo de Estrada, cerca de la evocadora villa de porte medieval de San Vicente de la Barquera, en la Asturias de Santillana del Mar. Aquella casa fuerte, con su viejo torreón, aun habitable, es el solar del abolengo de los Estrada, los antecesores del Conde.

Contrajo matrimonio con la noble dama D.^a María Vareterra y Armada, de excelentes prendas personales, de gran discreción y bondad, de la que tuvo tres hijos varones y dos hembras. De los primeros, el intermedio falleció, ya mayorcito, y el primogénito cayó en la terrible contienda por la que acaba de pasar España. La condesa, al morir su esposo, renunció en favor de sus hijos sus títulos nobiliarios y sólo conservó el de Condesa Viuda de la Vega del Sella.

El Conde, cuando sus hijos fueron mayores y necesitaron ampliar su cultura, puso casa en Madrid, en donde residía la mayor parte del año. Diariamente acudía al laboratorio de Geología y de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, donde laborábamos juntos en nuestros estudios y problemas de orden científico. En los veranos marchaba a Asturias a continuar sus estudios de Prehistoria, llevándose por una temporada al dibujante de la Comisión Francisco Benítez, que le servía de auxiliar y preparador. Diversas campañas científicas hicimos juntos, tales como

la del estudio de la caverna de la Peña, en San Román de Candamo, y las excavaciones de la cueva de la Paloma, en el valle de las Regueras, en Asturias. Acudía a nuestro campamento con sus bagajes, plantaba su tienda junto a las nuestras, y tomaba parte intensa en nuestros estudios, y en la agradable labor reinaba el contento y el buen humor.

Jamás percibió remuneración alguna del Estado por sus trabajos y estudios, que siempre realizó, no tan sólo a costa de su peculio particular, sino donando los ejemplares y colecciones al Museo Nacional, en donde se conservan cuidadosamente, constituyendo el conjunto de lo allí reunido —en buena parte aportado por la generosidad del ilustre investigador— uno de los más importantes de Europa respecto al Paleolítico, y el más valioso relativo a la Península Hispánica.

Tenía el Conde méritos sobrados para haber sido elegido miembro de las Reales Academias de la Historia o de la de Ciencias, y con relativa facilidad lo hubiera conseguido; pero nunca sintió apetencia por obtener tal galardón, ni conseguí que concurriera a los congresos científicos internacionales. La REAL SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL le designó su Presidente para el año 1929, y también fué presidente de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, cargos que desempeñó con todo celo, sin faltar a sesión alguna.

En el último año del régimen republicano, el Conde se mostraba en extremo preocupado por el aspecto que presentaba el ambiente político y social: presentíamos la tormenta que amenazaba desarrollarse en el país. Cuando, en el verano de 1936, la contienda guerrera estalló, con tanta violencia, el Conde con su familia residía en su casa de Nueva. Un grupo de milicianos rojos se presentó allí y se llevó preso al hijo mayor, Ricardo, joven de temperamento audaz y valiente, que se había distinguido por su afecto a la causa monárquica y había estado deportado en Villa Cisneros. No volvieron a verle más; después se supo que pereció asesinado. El Conde no se repuso de tan tremendo golpe, que le aceleró la muerte en su casa de Nueva, el 28 de septiembre de 1941.

La relatada biografía constituye un ejemplo de cuánto puede hacer en pro de la cultura quien siente firmes anhelos por el goce espiritual que proporciona la investigación científica. Es prueba también de las excelentes cualidades de rapidez de comprensión y asimilación, facilidad para aprender e inteligencia que se dan en el español cuando pone fe y constancia en el trabajo.

La labor científica del conde de la Vega del Sella es una de las que dan prestigio a la ciencia hispana.